ría la consecuencia equitativa y saludable de su accion. En suma, el sistema de disciplina de las reacciones naturales es menos nocivo al carácter, porque todos comprenden que es esencialmente justo, y porque la accion impersonal de la naturaleza, constituye más ó menos la accion personal de los padres.

Como corolario de todo lo dicho se deduce, que siguiendo ese sistema, las relaciones entre padres é hijos serán más afectuosas y por consiguiente, será mayor la influencia de los padres. El enojo de los padres ó de los hijos, siempre ha de ser dañoso; pero la cólera de un padre para con su hijo ó de éste para con aquel, lo es de una manera muy especial, porque debilita ese vínculo de simpatía que es tan esencial para conseguir que del gobierno se deriven los beneficios. En virtud de la ley general de la asociacion de las ideas, resulta inevitablemente, en los jóvenes como en los viejos, que se toma aversion á las cosas que se nos presentan habitualmente relacionadas con sentimientos desagradables; y donde en un principio existió un vínculo de afecto, éste se debilita, se destruye ó se convierte en

repugnancia, segun sea el número de las impresiones dolorosas recibidas. La cólera paternal con sus consiguientes reprensiones y castigos, si se repiten muy á menudo no pueden dejar de producir la disminucion del cariño filial; así como el resentimiento y la obstinacion de los niños, contribuye á debilitar el cariño de los padres, y aun puede concluir por destruirlo enteramente. De ahí los numerosos casos en que los padres y las madres, y más especialmente los padres, que son los que con más frecuencia se encargan de expresar el enojo é imponer el castigo, son mirados con la mayor frialdad, cuando no con aversion. De ahí tambien los muchísimos casos en que los hijos se consideran como una verdadera calamidad. Siendo tan claro que todo alejamiento de esta clase es fatal á la educacion moral provechosa, se deduce que los padres deben cuidar mucho de evitar todo motivo de antagonismo y resentimiento personal directo con sus hijos; y por lo tanto, han de procurar siempre aprovecharse de la disciplina de las consecuencias naturales, ó sea del sistema de dejar que la pena sea impuesta por las leyes de las cosas, ahorrando al padre la ingrata fun-

cion de agente penal y previniendo las exasperaciones y extrañamiento mutuos.

Así vemos que este método de cultura moral por la experiencia de las reacciones normales, es igualmente aplicable al niño y al adulto; y que entre otras de las muchas ventàjas que ofrece, figuran las siguientes: 1.º Que facilita la comprension racional de la buena ó mala conducta, mediante la experiencia de los efectos buenos ó malos causados por la conducta misma. 2.º Que el niño, sufriendo solamente los efectos dolorosos de sus propias faltas, tiene que reconocer más ó menos la justicia de las penas. 3.º Que reconociendo la justicia del castigo y recibiéndolo de la naturaleza en lugar de recibirlo de un individuo, al niño le causa menos exasperacion, mientras que el padre manteniéndose en una actitud relativamente pasiva para cuidar solo de que las penas naturales se dejen sentir, conserva una tranquilidad de espíritu relativa. 4.º y última, que evitándose así en gran parte todo motivo de exasperacion mútua, ha de producir un estado de sentimientos mucho más agradable y provechoso para los padres y los hijos.

"¿Cómo deberá procederse en casos más graves?" Se podrá preguntar. "¿Cómo se ha de conseguir este plan cuando el niño cometa un hurto, cuando diga una mentira, ó cuando maltrate á uno de sus hermanos menores?"

Antes de contestar á estas preguntas, permítasenos considerar lo que resulta de algunos hechos, que nos servirán de ejemplos.

Un amigo nuestro que vivía con la familia de su cuñado, tomó á su cargo la educacion de sus dos sobrinitos, niño y niña. En general, siempre procuró seguir, tal vez por más simpatía natural que por conclusiones razonadas, el espíritu del método que hemos establecido. Los dos niños eran discípulos dentro de su casa, y sus amigos ó compañeros fuera de ella. Diariamente le acompañaban en sus paseos y en sus excursiones por el campo, se afanaban en buscarle plantas y flores, le observaban mientras las estaba examinando ó clasificando, y de ese ú otros modos simpre encontraban placer é instruccion en compañia de su tío. En una palabra, moralmente considerado, era para ellos un verdadero padre. Refiriéndo-

nos á los resultados de su sistema, nos citó entre otros ejemplos, el siguiente: Una tarde, habiendo necesitado un objeto que se encontraba en cierta habitacion de la casa, suplicó á su sobrinito que fuera á buscarlo. Sumamente entretenido el niño en aquel momento con un juguete, y muy en contra de su costumbre, manifestó mala voluntad rehusó hacer lo que se le habia dicho, no recordamos con exactitud cuál de estas cosas sucedió. El tio, que era opuesto á todo método coercivo, fué él mismo á buscar lo que necesitaba, sin hacer más que significar algun desagrado. Cuando por la noche se le acercó el niño para principiar sus juegos de costumbre, fué gravemente rechazado; el tío manifestó la frialdad naturalmente producida en él, y de ese modo dejó al niño experimentar la verdadera consecuencia de su conducta. La mañana siguiente, á la hora usual de levantarse, nuestro amigo oyó una voz desacostumbrada á la puerta de su cuarto, á la vez que vió entrar á su sobrinito que le llevaba el agua caliente para el baño; ademas, el niño, registrando por el cuarto á ver qué más podia hacer, exclamó: «¡Ah! usted necesita sus botas,» y en seguida co-

rrió por la escalera abajo en busca de ellas. De éste y de varios otros modos el sobrinito mostró arrepentimiento por su mala conducta. Procuró por medio de servicios innecesarios compensar la falta cometida; sus más elevados sentimientos habian triunfado de los otros, y adquirido la fuerza que da la victoria. Así pudo estimar más que antes la amistad recobrada.

Este mismo señor es hoy padre de familia; gobierna sus hijos segun el mismo sistema y nos asegura que le satisface completamente. El es el mejor amigo de sus hijos. Estos esperan la noche con gran deseo, porque es la hora en que él vuelve á su casa; y muy especialmente se regocijan de la venida del domingo, porque su padre pasa con ellos todo el dia. Poseyendo así toda su confianza y afecto, le resulta que, con solo manifestar aprobacion ó desaprobacion, tiene poder suficiente para gobernar á sus niños. Si al volver á su casa oye decir que uno de ellos se ha conducido mal durante el dia, emplea para con él esa frialdad relativa que le causa naturalmente la mala conducta del niño; el padre comprende que este es el castigo más natural, y por lo mis-

mo el más eficaz. La mera privacion de las caricias usuales, ocasiona en su casa más sentimiento y llanto que los que pudiera producir una paliza. Segun nos dice nuestro amigo, el temor á ese castigo puramente moral, hace que los niños lo tengan muy presente á todas horas, de tal modo, que durante el dia suelen preguntar á su madre si se han portado bien, y si dará á su padre un informe favorable sobre su conducta. Recientemente el mayor, un muchacho vivísimo de cinco años, en uno de esos raptos de animacion tan comunes en un niño robusto y sano, cometió varias faltas durante la ausencia de su madre. Sin contar otras travesuras, le cortó á su hermano parte del pelo, y él tambien se hizo una cortadura con una navaja de afeitar que encontró en el cajon de la cómoda de su padre. Cuando éste llegó por la noche y se le informó de lo que el niño habia hecho, no le habló durante la velada ni á la mañana siguiente. No solo fué grande la tribulacion del niño, sino que tuvo por efecto que pocos dias despues, estando la madre preparada para salir, el niño le suplicó encarecidamente que no saliera, y al preguntarle por qué, respondió que

temia volver á hacer diabluras mientras ella no estuviera en casa.

Hemos citado estos hechos antes de contestar á la pregunt: "¿Cómo deberá procederse en casos más graves?" porque deseábamos hacer ver la clase de relaciones que pueden y deben establecerse entre padres é hijos; porque de la existencia de esas relaciones depende el éxito en la reprension de las faltas más graves. Tambien á título de preliminar, debemos decir que dichas relaciones se establecerán por la adopcion del sistema que hemos propuesto. Ya se ha visto que dejando al niño experimentar las reacciones dolorosas de sus malas acciones, los padres evitan en gran parte la ocasion de aparecer como enemigos y de ser considerados como tales por sus hijos; pero queda por manifestar, que cuando se sigue constantemente este sistema desde el principio, se crea siempre un sentimiento de verdadera amistad.

Hoy los hijos suelen considerar á los padres como *enemigos amistosos*. Determinándose inevitablemente las impresiones del niño por el tratamiento que reciba; y siendo éste tan variable entre dádivas y contradic-

ciones, entre caricias y reprimendas, entre blandura y castigo, el niño forma opiniones contradictorias con respecto al carácter de sus padres. Una madre generalmente piensa, que basta con decir á su hijo que ella es su mejor amiga; y persuadida de que está obligado á creerla, concluye por suponer que el niño la cree efectivamente, «Esto es para tu bien. Yo sé lo que te conviene mejor que tú mismo. Tú no tienes bastante edad para comprenderlo ahora; pero cuando tengas algunos años más, me agradecerás lo que hoy hago por tí.» Estas y otras aserciones parecidas se repiten todos los dias; pero al mismo tiempo el niño está contínua mente sufriendo penas positivas y á cada hora se le prohibe que haga tales y cuales cosas, que él tiene un gran deseo de hacer. Segun oye decir, lo único que se procura es su felicidad; pero resulta que generalmente los hechos tienden á producirle mayor ó menor sufrimiento. Enteramente incapaz de comprender lo que significa el porvenir de que su madre le habla, ni porque ese tratamiento recibido conduce á la felicidad, juzga por los resultados que á él le alcanzan; y no ncontrando en ellos nada agradable, se hace escéptico con respecto á esas protestas de amistad: ¿No es una insensatez el esperar otra cosa? ¿No debe el niño juzgar atenién dose á los hechos que él conoce? Y ¿parecen justificar los hechos sus conclusion? La madre razonaría del mismo modo si estuvie se en igual caso. Si entre sus amigos hubiera algo que estuviese constantemente contrariando sus deseos, empleando fuertes reprimendas, é imponiéndola de vez en cuando protestas de buena intencion que acompañasen á esos actos. Entonces, ¿por qué supone que su hijo haya de juzgar de distinta manera?

Obsérvese ahora cuán diferentes serán los resultados de nuestro sistema, si se aplica como conviene: si la madre no solamente evita convertirse en instrumento del castigo sino que, al contrario, desempeña el pa pel de amiga afectuosa, advirtiendo á su hijo cuáles son los castigos que la naturaleza puede imponerle. Pongamos un ejemplo, y para que haga ver como debe aplicarse este sistema desde muy temprano, procuraremos que sea un caso de los más sencillos. Supóngase que incitado por el espíritu de experimentar por sí mismos, cosa tan conspí-

cua en los niños que instintivamente conforman su procedimiento al método inductivo de investigacion; supongamos, repetimos, que un niño se entretiene encendiendo pedazos de papel en la vela y observando cómo arden. Si la madre es de un carácter irreflexivo, bien sea por evitar una travesura ó por temor de que pueda quemarse, le mandará que no siga quemando papeles; y en caso de no obedecerla, se los quitará de las manos. Si por fortuna tiene una madre suficientemente razonable, que comprenda que el interes con que el niño vea arder los papelitos proviene de una curiosidad provechosa, sin la cual nunca podría salir de su ignorancia infantil, y que ademas, tenga el buen juicio necesario para considerar los resultados morales de su propia intervencion, pensará de este modo: «Si le mando que no siga, le haré perder ocasion de adquirir un conocimiento útil. Es cierto que puedo evitarle una quemadura, pero tambien lo es que algun dia habrá de quemarse, y para su seguridad durante la vida es necesario que aprenda por experiencia las propiedades de la llama. Ademas, aunque le prohiba correr el peligro presente, no cabe duda que en

otra ocasion lo correrá igual ó mayor, quizás cuando no haya nadie para evitarlo; mientras que si ocurre ahora algun accidente, estando yo aquí puedo salvarle de todo daño grave. A esto se agrega la ventaja de que en adelante tendrá algun temor al fuego, con lo cual será menos posible que llegue á perecer abrasado ó que incendie la casa cuando se encuentre solo. Por otra parte, si le hiciese desistir de su entretenimiento, le contrariaría un propósito que es en sí enteramente inofensivo, y del cual puede resultarle algun provecho y excitaría en él algun mal sentimiento hácia mí. Como no conoce el dolor que yo le evitaría y sintiendo solo el disgusto del deseo frustrado, no podria dejar de considerarme como causante de ese disgusto. Por salvarle de un daño que él todavia no es capaz de concebir, y que por lo tanto no existe para él, le produciria otro, cuya viva impresion haría que el niño me creyera causante de su mal. Lo mejor que debo hacer es simplemente advertirle del peligro á que se expone, y estar pronta para impedir cualquier resultado grave.» Así llevando á efecto su conclusion, la madre dice al niño: «Mucho me temo que

te puedas quemar si continúas haciendo eso.» Suponiendo que el niño persista y como es probable, acabe por quemarse. ¿Cuales serán los resultados? Primero, que habrá ganado una experiencia que al fin tenia que adquirir, y que, para su propia seguridad, nunca podrá saberlo demasiado pronto. En segundo lugar, habrá reconocido que la observacion de su madre era razonable y tenia por objeto su bien, viendo en ella una prueba positiva de benevolencia maternal y una razon más para creerla y amarla.

Es claro que en aquellas ocasiones peligrosas en que pudiera presumirse el riesgo de una fractura ú otros daños graves, hay que evitarlos por la fuerza. Dejando á un lado esos casos extremos, el sistema que conviene seguir no es el de preservar al niño de esos pequeños peligros que puede correr diariamente, sino el de aconsejarle y hacerle conocer, para que sepa cómo guardarse de ellos; y de esta manera se creará en él un sentimiento de afecto más vivo que el que comunmente existe. Si en esto, como en todo lo demas, se pone en juego la disciplina de las reacciones naturales; si en todos esos esos esfuerzos y experimentos algo

peligrosos que los niños hacen dentro y fuera de la casa, se les permite perseverar, despues de disuadirlos de un modo más ó menos enérgico, segun sea el peligro que se tema, no podrá dejar de haber en ellos una fé siempre creciente en la buena direccion y amistad de sus padres. No solamente se evita con eso, como ya hemos manifestado, el sentimiento de aversion creado por el uso de los castigos y aun de las simples reprimendas muy frecuentes, sino que de esos incidentes diarios, que suelen dar ocasion á escenas lastimosas, se puede obtener un medio para afirmar los buenos sentimientos mutuos. En lugar de explicarles por medio de palabras, con las cuales no parecen avenirse á los hechos, de que los padres son los mejores amigos, los niños deben aprender esta verdad por experiencia diaria; y solo de este modo adquirirán un grado de confianza y afecto que ningun otro método puede producir. Despues de haber indicado las relaciones simpáticas que resultan de la adopcion de dicho sistema, volvamos á la pregunta consabida: «¿Cómo deberá procederse en casos más graves?»

Nótese en primer lugar que esos casos

graves, habrán de presentarse con menos frecuencia bajo el régimen que hemos descrito, que bajo el régimen usual. La misma mala conducta constante de muchos niños, es consecuencia de esa irritacion crónica en que se les mantiene por el mal gobierno. El estado del aislamiento moral y de antagonismo producido por frecuentes castigos, necesariamente amortigua las simpatias y abre el camino á las transgresiones que estas pudieran reprimir. Los malos tratamientos que á veces los niños de una misma familia se inflingen unos á otros, son en gran parte del reflejo de los que ellos reciben de los adultos; por un lado lo sugiere el ejemplo directo, y por otro lado, resultan del mal carácter y de la tendencia á vengarse en otros del castigo y reprensiones que han recibido. No puede dudarse que la mayor actividad de los afectos y el agradable estado de sentimientos, mantenidos en los niños por los medios que hemos indicado, tiene que reducir la gravedad y la frecuencia de aquellas faltas; y las que son todavia más reprensibles, las mentiras, los hurtos, etc., tambien disminuirán considerablemente por las mismas causas. La tibieza de los afectos

suele ocasionar transgresiones de ese género en las casas de familia. Es ley de la naturaleza, visible para todo observador, que las personas privadas de las grandes satisfacciones, procuran experimentar otras menores; aquellos que no pueden disfrutar de los placeres que proporciona la simpatía, buscan los del egoísmo, y por una consecuencia contraria, el mantenimiento de relaciones más afectuosas entre padres é hijos, sirve para disminuir el número y gravedad de las faltas cuyo orígen es el egoísmo.

Sin embargo, dado el caso de que tales faltas se cometan á pesar del mejor sistema, como puede ocurrir alguna vez, todavia debe acudirse á la misma disciplina de las consecuencias naturales; y si existen esos sentimientos se encontrará que esa disciplina es la más eficaz. Por ejemplo, ¿cuál es la consecuencia natural de un hurto? Es de dos clases: directa é indirecta. La consecuencia directa dictada por la pura equidad, es la restitucion. Toda persona justa, como todo padre debe procurar serlo, deberá exigir, siempre que sea posible, que una mala accion sé repare con otra porporcionalmente buena. Cuando se trata de un hurto, proce-

de la devolucion de la cosa hurtada, ó si ésta ya no existe, dar entonces su equivalente; y si el delincuente es un niño, puede hacerse el pago con su dinero de los domingos. La consecuencia indirecta y la más seria, consiste en el grave disgusto de los padres como consecuencia inevitable en todos los pueblos, cuya civilizacion es bastante para que el hurto sea considerado como delito; y la manifestacion de ese disgusto es en este caso, la más severa de las reacciones naturales producidas por la mala accion. «Sin embargo, nos dirán, el disgusto de los padres manifestado por medio de palabras ó de azotes, ya interviene en estos casos; por lo tanto, el método no presenta nada nuevo.» Perfectamente. Ya hemos admitido antes que en algunas direcciones dicho sistema es espontáneamente seguido, y que hay en los sistemas de educacion una tendencia más ó menos manifiesta, á gravitar hácia el verdadero sistema. Aquí podemos hacer observar, como antes lo hemos hecho, que la intensidad de esa reaccion natural se acomodará por sí misma á las exigencia del caso; que el descontento de los padres dará lugar á medidas violentas, en tiempos

relativamente bárbaros, ó que se expresará de un modo mucho menos cruel cuando exis te un estado social mucho más adelantado en que, por consiguiente, los niños pueden ser tratados con más suavidad. Lo que más importa hacer notar aquí, es que la manifestacion del gran descontento de los padres, producido por una de esas faltas más graves, no será beneficioso sino en la porcion que exista el afecto entre padres é hijos. La eficacia de la disciplina de las consecuencias naturales en este caso, será exactamente proporcionada al rigor con que se haya aplicado la disciplina en otros casos. La prueba de ello está al alcance de la experiencia de todos.

¿No sabe toda persona que cuando ha ofendido á otra, el verdadero pesar que experimenta, dejando á un lado toda consideracion mundana, varía segun sea el grado de simpatía que le merece la persona ofendida? ¿No tiene conciencia de que cuando se trata de un enemigo, el incomodarle es más bien un motivo de secreta satisfaccion que de pesar? ¿No es cierto que si sospecha de nosotros un extraño, lo sentimos mucho menos que si lo hace una persona á quien

apreciamos? Y al contrario, ¿no se considera el enojo de un buen amigo como una desgracia que se siente por mucho tiempo? Es claro, entonces, que los efectos del disgusto de los padres para con sus hijos, tiene que depender igualmente del afecto que se tengan. Cuando éste no existe, el sentimiento del niño que ha incurrido en falta no es más que un temor enteramente egoísta de las malas consecuencias que puedan sobrevenirle en la forma de privaciones ó de castigos corporales; y despues que estos han sido impuestos, se produce un antagonismo y desagrado que son moralmente perjudiciales y que tienden á aumentar el alejamiento que ya existía. Cuando hay sincero afecto filial, producido por una verdadera amistad paternal, no la amistad proclamada á modo de dogma y como para disculpa de los castigos y privaciones que se imponen, sino manifestada diariamente de manera que el niño pueda comprenderla; la amistad que evita toda prohibicion innecesaria, que hace advertir los peligros y sus malas consecuencias, y que ve con simpatía las ocupaciones y esfuerzos experimentales de los niños; entonces la impresion causada por el enojo de

los padres, no solo será eficaz para evitar la repeticion de unas mismas faltas, sino que al propio tiempo será intrínsecamente saludable. El dolor moral de haber perdido siquiera temporalmente un amigo tan querido, hará las veces de castigo corporal, que suele emplearse siendo igual ó mayor su eficacia. En lugar del temor y deseo de venganza, se producirá el verdadero arrepentimiento de haber causado disgusto al padre y un deseo ardiente de restablecer la amistad habitual. En vez de ponerse en juego aquellos sentimientos puramente egoístas y cuyo predominio es la causa de los actos criminales, entrarán en juego los sentimientos generosos que impiden la delincuencia. Luego se ve claramente que la disciplina de las consecuencias naturales es aplicable tanto á las faltas triviales como á las más graves, y que su práctica conduce no solo á reprimirlas, sino tambien á evitarlas por completo.

En suma, la verdad es que el salvajismo engendra el salvajismo y la dulzura engendra la dulzura. Los niños que son tratados sin bondad llegan á no ser buenos, mientras que tratándolos con simpatía se desarrollan en ellos iguales sentimientos. Con el go-